

Alzina, Francisco Ignacio (1610-1674).

Historia natural de las islas Bisayas (1668).

Capítulo XI

.....

Con esto paso a tratar de la cantidad y variedad de las hormigas de esta tierra, que son, si en alguna parte muchas, acá repiten para infinitas pues campos, montes, árboles, plantas, casas y aun pantanos y arroyos o esteros donde entra y sale la mar están llenos de ellas; y hacen unos montones o médanos de tierra donde labran sus casas que algunos parecen bóvedas grandes pues imitan su hechura, porque toda la tierra que van sacando (dejando hueco lo que les sirve de casa que, según se van aumentando, engrandecen) la juntan y pegan arriba de modo que queda muy dura y parecen hechas a mano. Hállanse dentro de estos hormigueros, que llaman *bongo* estos naturales, espaciosos senos y unas como calles que dudo haya laberinto más intrincado. Es cosa muy de ver (y helo visto yo hartas veces cuando se ha ofrecido deshacer dichos montones) la distinción y dependencia con que están hechas sus divisiones a modo de un panal grande de cera, pero mayores las casillas y que se comunican unas con otras; y, según son de mayores o menores, así lo son sus divisiones, habiendo distinto lugar para guardar la comida y para los excrementos aparte, y otro para los animalillos que hallan muertos, que todo lo recogen. Suele haber en el centro de estas sus casas una hormiga tan grande como el dedo mayor o como el pulgar; de ésta dicen estos indios que es el rey y nunca se sabe que salga de allí ni se ha visto fuera; algunos son de color blanco totalmente -de éstos que llaman «reyes»- aunque sean de casta negra las hormigas: otros, algo colorados, que de ambos colores los he visto yo: y el hormigón dicho como un gusano de seda en lo grueso y largo, aunque su figura de hormiga.

Ya he dicho que son casi infinitas las diferencias, y sólo las de una semejan a las de España, que acá llaman *acot*, que quiere decir acarrear, que aunque todas lo hacen éstas exceden a las demás. Las mayores, que son tan grandes como avispas, se llaman *amimitas*; y según su nombre (que quiere decir «desasirse») es su propiedad, porque muerden tan tenazmente que primero dejan la cabeza desasida y pegada en lo que mordieron que suelten la presa; y así sirven de tomar puntos en las heridas, en partes difíciles de tomarlos con abuja como en la barriga, telas de la cabeza y otras, porque aplicando dos o tres o más de estas hormigas, según lo largo de la herida, con ellas (que dejan allí la cabeza) solamente queda tan zurcida como si fuera con hilo, Y a menor peligro y aun riesgo porque son medicinales; y hay en algunas casas (aun en las de nuestras doctrinas) tanta abundancia que tal vez es menester mudarlas de aquel puesto porque son insufribles, y más de noche (que es cuando salen de sus nidos y caminan a buscar

su vida), y una vez cargaron tantas en un gato que en una de nuestras casas estaba amarrado, que amaneció muerto de tantas como le invistieron en una sola noche.

A otras llaman *antig*, que son algo menores y no pican menos, pero se dejan desasir cuando muerden sin dejar la cabeza como las otras. Con todo, escuecen mucho y es refrán de estos naturales cuando una cosa escuece mucho o duele, decir: «parece que le ha mordido el *antig*». Otras chiquillas hay, muy coloradas, que por su color y por morder mucho les han puesto los indios nombre de «holandesas» y, aunque pequeñas, dejan una muy grande roncha, diez veces mayores que ellas, cuando muerden; y con esto, por no alargar (que fueran nunca acabar decir todas sus diferencias), sólo añadiré dos por lo raro.

Llaman acá *lagha* a unas hormigas algo coloradas, su tamaño como tres de las nuestras si se juntasen. Éstas son en dos diferencias: las menores viven en árboles, y en sus huecos o en los vacíos de las ramas hacen sus casas; la materia es sólida y como un género de goma o resina que les servía antes (y aún hoy a alguna de las mujeres) para sahumero, que aunque el olor no es muy bueno, pero es bastante a templar el malo de los cuerpos, y dicen es bueno, en especial para sobrepartos, como el alucema en España. La otra diferencia (y son algo mayores los individuos de ellas) vive en esteros y lugares pantanosos, cuales son en que suelen salir y entrar mareas. En éstos, en lo que no llega el agua, hacen sus casas o hormigueros de la misma calidad que los otros y de la misma o resina o goma o mixto de ella. De esta goma se hace el lacre que de la India se lleva a España de varios colores y sirve para cerrar las cartas, y en sus tintes las mezclan los chinos; y para decir que es color que nunca se pierde ni deslustra, dicen que es de *lagha*, y las que verdaderamente llevaron dicha goma al teñir es cierto que nunca lo pierden ni se deslustran del primer color, y primero se rasgan; en particular, el color colorado, que allá llaman *de lagha* los españoles y chinos, que es el mejor quizás de todo el mundo, y que más dura.

La otra especie puede ser, por lo perjudicial, famosa (como el otro que para serlo quemó el templo de Venus). Llámamlas *anai*. Son hormigas blancas, sólo el hociquillo tienen colorado, pero es más duro que brezo, por lo menos así lo muestran pues suelen en unas horas comerse o tragarse (si así se puede decir) un estante de libros; no son pocos los que ellas han comido sin ser letradas y las podemos, por esto, llamar *elvones librorum*. Consumen cajones de ropa, de sedas, de matelería de frontales y ornamentos sin perdonar a cosa alguna, y lo dejan todo sin provecho. Peores se pueden llamar que fuego, que éste con el humo se manifiesta y se ataja; éstas otras, en arcas encerradas, en baúles, petacas y en cualquiera parte se meten sin ser vistas, y si duermen alguna noche o noches lo dejan aun sin cenizas, pues sin crecer ni engordar cosa considerable o que se pueda notar dejan una arca bien grande y atestada de ropa aun sin pavesas. He leído y oído que las hay en otras partes y en algunas las llaman «comegente», en éstas es cierto que es una plaga de las mayores que se puede hallar pues todo lo arruinan; que no sólo en las casas de madera (que esa es su vidilla como dicen), sino aun en las de piedra, en las mismas murallas y torres se meten, labran sus caminos huecos, que se pueden llamar entradas encubiertas (pues son de tales y tan perjudiciales enemigos) y todo lo maltratan sin que se haya hallado remedio para ello; que lo aplicaran muchos a quien ha costado muchos millares de pesos perdidos en pocas horas, si en todas y

continuamente no se registran y reconocen las cosas en que pueden dañar, que son todas cuantas hay sino es el bronce, pues aun hasta el hierro gastan ayudadas de la humedad de la tierra. Sólo para una cosa o dos (entre tanto malo) he oído decir a los indios que son buenas, y es para criar pollos, que las comen lindamente y engordan cuando encuentran con ellas o se las dan desechas -como suelen por acá- sus casas; y para curar llagas que, sahumándolas con sus casas (que no se sabrá decir de qué son) dicen se enjugan y curan en breve, para que se conozca sin duda que no hay cosa criada, por mala que sea a nuestro juicio, en que no pusiese algo bueno el Creador de ella con su infinita sabiduría.